



JUEGOS DE NIÑOS BAJO UN CIELO DE PLOMO

Son las 7.45 de la mañana en este lunes, ahora a esta hora hace fresquito pero, si sale el sol, lo cual pasa a menudo, demasiado a menudo, a mediodía, se calienta bastante el ambiente. Llevo unas semanas andando a diario este recorrido de quince minutos, bordeando las afueras de esta pequeña ciudad donde la precariedad salta a veces a la vista, mientras se codea con edificios un poco más acomodados. El hormigón es, por desgracia, rey indiscutible aquí, con esqueletos de los futuros edificios salpicando el paisaje sin preocupación por consideraciones estéticas. En este día luminoso, las montañas del lado turco se asientan majestuosas en el horizonte como una invitación inaccesible. Zigzagueo entre unos cuantos tractores viejos, cofradías de gallinas y columnas de gansos, en un escenario colorido que serviría para una película de Kusturica. Las fronteras entre la ciudad y el campo se desdibujan en estas zonas urbanas periféricas.

Me dirijo a lo que recientemente se ha convertido en mi 'lugar de trabajo': un gran edificio de color crema, en pésimo estado de conservación, una antigua escuela secundaria del régimen sirio, que hoy alberga la administración escolar bilingüe (árabe/kurdo) de las ochenta y siete escuelas de la pequeña ciudad y de los numerosos pueblos de los alrededores. Esta mañana, reina una calma digna de un viernes (que aquí tiene carácter de domingo) que me hace pensar que probablemente encontraré la puerta cerrada. Y es que este lunes no es un lunes como los demás. El luto y la conmemoración están a la orden del día. Hace dos noches, las bombas turcas han sembrado la muerte en una región, históricamente, más bien indemne en comparación con otras.

En la noche del 20 al 21 de noviembre, hacia la medianoche, un ataque aéreo fue dirigido contra la aldea de Teqil Beqil, matando a dos personas y destruyendo una central eléctrica. Un grupo de personas acudió rápidamente al lugar de los hechos para ayudar a las víctimas y emitir un comunicado denunciando el incidente. Un periodista de un medio de comunicación local les acompañaba. A continuación, cayeron otras tres rondas de proyectiles macabros sobre la asamblea, matando a nueve personas. Esta táctica de 'ataque en dos tiempos' es una estrategia tan habitual como despreciable por parte de la fuerza aérea con bandera roja adornada de una luna y una estrella blanca. El objetivo es innegable: matar creando un shock psicológico. Es imposible no ver la sórdida hipocresía del ministro de Defensa turco que se atreve a hablar de "ataques quirúrgicos contra objetivos militares específicos". Por supuesto, si el razonamiento es considerar a cualquier civil, solidario con las fuerzas de autodefensa popular, como un terrorista, esto abre el camino a una pseudo-legitimación de muchos crímenes de guerra.



Ayer por la mañana, el ambiente entre mis colegas era de gravedad y aprensión. El 20 de noviembre, Día Internacional del Niño, estaba previsto un gran desfile en la ciudad, seguido de una fiesta con varias escuelas. Había asistido a un ensayo general en una de las escuelas. Los niños estaban orgullosos de mostrarme las canciones y bailes que habían preparado para la ocasión. Este año no habrá celebración, el ejército del país vecino ha decidido sustituirla por la estupefacción y el dolor. El tradicional café/té colectivo del comienzo del día se prolonga, cada uno intercambiando noticias sobre los trágicos acontecimientos. Llegan noticias en el transcurso de la mañana que revelan el número y la identidad de las compañeras y cocompañeros asesinados durante la noche. Los colegas se enteran de que hay gente cercana entre los muertos. Observo con impotencia su aflicción. No sé dónde colocarme, qué hacer, qué decir. Me conformo con estar allí, testigo discreto, extraño a pesar de todo. Pienso en la magnitud del daño y en el dolor causado por los intereses de una minoría dispuesta a realizar los más sórdidos trapicheos para mantenerse en el poder.

Si Erdogan y su banda de asesinos juegan la carta de la escalada bélica, no es por la supuesta defensa de su pueblo amenazado, sino por su desastroso historial y las elecciones que se aproximan. No deja de sorprenderme que la vieja estrategia de crear un enemigo externo para desviar la responsabilidad de las élites por el triste destino del pueblo siga funcionando, que siga siendo, a pesar de las lecciones de la historia, aún insuficientemente aprendidas, de una temible eficacia. Y por muy burdo que sea el maquillaje, los medios de comunicación desempeñarán su papel de caja de resonancia, absteniéndose de 'tomar partido', lo que basta para dar crédito a la mentira!

Hacía tiempo que no oía cantar y coreaba el '*shid namirin*' (los mártires nunca mueren) con el corazón encogido. El funeral colectivo de las once víctimas reunió a una gran multitud, atravesada, de principio a fin, por la emoción y la rabia. Y es que las personas asesinadas eran especialmente apreciadas y reconocidas por su larga implicación en la sociedad civil. Su rápida presencia en el lugar del atentado, en plena noche, fue reflejo de su constante dedicación a apoyar la construcción colectiva de esta alternativa democrática revolucionaria. Dos de ellos eran, por ejemplo, muy activos en la 'Casa de los Mártires', que proporciona apoyo y asistencia a las familias en duelo. Los conocí. Fueron las primeras personas muertas que conocí en vida, lo que hace que este desenfreno asesino, que se ha acelerado desde hace varios meses, sea aún más concreto y tangible.

1 El atentado de Estambul del 13 de noviembre, que costó la vida a 6 civiles, es atribuido al PKK por Ankara, sin prueba alguna y a pesar de que este partido nunca, en sus 44 años de existencia, ha cometido este tipo de atentado, dirigido explícitamente contra civiles (en este caso, una bomba explotó en una calle comercial del centro de la ciudad).



Al día siguiente del funeral, el martes por la mañana, acudí con mis colegas a un nuevo homenaje, al que asistieron más de mil personas. Los discursos gritaban la rabia y la determinación de continuar la resistencia, contra viento y marea. Proclaman, alto y claro, que el miedo está ausente de sus cuerpos. Varios discursos destacan la dedicación de la guerrilla en el norte de Irak y la lucha de las mujeres iraníes. Un grupo de chicas adolescentes pasa por delante de la asistencia, enarbolando banderas y entonando "*Jin, Jijan, Azadi*", que es retomado por la multitud. Esta experiencia de Rojava, que quiere ir más allá del modelo de Estado-nación, las heroicas batallas guerrilleras en las montañas de Irak y las movilizaciones salvajemente reprimidas en las calles de Irán, son todas UNA. La misma lucha, el mismo deseo de vivir una vida digna, el mismo grito de libertad para las mujeres. La misma crítica y rechazo a una modernidad capitalista que destruye inexorablemente la diversidad de la vida.

En el camino de vuelta, decido cambiar un poco mi itinerario. Descubro, en el recodo de la carretera, alineaciones de piedras que delimitan zonas de juego infantil, viejas latas que sirven de mobiliario y vajilla para estas casas en miniatura, sin paredes ni tejados pero no exentas de una especie de poesía. En la pared contigua, los dibujos de tiza dan testimonio de momentos colectivos de imaginación desplegada. Una creatividad que no deja de conmover al profesor "creyente pero no practicante" que soy. Mientras immortalizo la escena, dos mujeres me saludan. Cuando les digo que vengo de Bélgica, una de ellas se alegra: "*¡ Mi hijo se fue a vivir a Bélgica hace unos meses !*" Ha ido a reunirse con miembros de su familia que viven allí desde hace mucho tiempo. Me tocó hacer preguntas y darme cuenta de que vive en la Ciudad Ardiente, en las alturas del barrio de Pierreuse, al que tengo un especial cariño. Hay momentos en los que el mundo es definitivamente un pañuelo. Ambos nos alegramos de esta coincidencia y me invita a su casa a tomar el té. Conocí allí a dos jóvenes artistas muralistas en ciernes. Tienen diez y doce años, se llaman Rojava y Rojhilat. ¡ Vaya símbolo !

Hablamos de la guerra y la migración, de nuestras esperanzas y nuestros miedos. Salgo con una convicción más fuerte de que, digan lo que digan, el mundo está peor de lo que vale la mayoría de los seres humanos que lo habitan. En definitiva, la humanidad está, en gran medida, menos podrida que el estado actual del planeta. Me voy preguntandome qué será de estas dos jóvenes, dónde y cómo crecerán, qué sinsabores y alegrías vivirán. Seguramente les tocará encender sus gritos y sus armas para hacer posible, más allá de las fronteras estatales que datan de la colonización, el respeto incondicional a la mujer, a la vida y a la libertad!

Diego del Norte



Liska g... ..

